

CAPITULO I

CAPITULO I.

Catástrofe en cincuenta segundos.

¡Qué paraíso eres, maravilloso país tropical del Nuevo-Mundo!

Si bajo el hermoso cielo meridional tiene aun sus atractivos un país sin vejetacion por la luz y transparencia de la atmósfera, tanto mas lo tendrán tus bosques y campiñas, tus cerros y valles, provistos de una exuberante vejetacion.

¡Oh! Allí no solo *alumbra* el sol, sino que *colora* los objetos con gran magnificencia, y les dá un perfume mágico, haciendo mas armoniosos los colores, sin disminuir lo trasparente del aire; modera los efectos de la luz, y

derrama sobre toda la naturaleza cierto reposo, que se refleja en nuestra alma.

Mas ¡todas las cosas del mundo tienen sus dos lados!

Ahí ¡qué belleza de paisaje, qué magnificencia en los fenómenos de la naturaleza, qué esplendidez en los colores, qué inmensa fertilidad del suelo, y qué clima tan delicioso!

Entre innumerables flores se singulariza la *Brownea*, que los indígenas llaman rosa del monte, de una altura de cincuenta á sesenta piés, con doscientas hasta quinientas flores purpúreas en un solo ramillete.

El suelo se halla cubierto de piñas, hemímeris, polígolas, etc.; una especie de enredadera de diez hasta doce piés forma ligaduras en los troncos de los árboles. Ahí se ven coqueros, platanares, caña de azúcar, plantíos de café, añil y cacao. La belleza de los bosques, es indescriptible. Perfumes embalsaman el aire, y el mayor es el de la vainilla, cuya planta cubre los troncos colosales de las higueras índicas. Pero..... ¡la misma atmósfera que esparce estos perfumes, es á la vez la mensajera de la fiebre amarilla! ¡Debajo de la magnificencia de las flores, están en acecho el tigre y multitud de serpientes venenosas!

¡Los ríos caudalosos, cuyas aguas cristalinas convidan á refrescarse, ocultan colosales lagartos, é inmensas bandadas de insectos no dejan reposar ni de día ni de noche!

Ahí se extiende el magnífico llano de Chacao, á cuya entrada se eleva la floreciente ciudad de Caracas, mag-

nífica capital de la Provincia de Venezuela, con una población de cincuenta mil almas.

¡Qué riqueza... . qué abundancia..... qué vida!..... ahí también los hermosos valles de Apogua, á quienes sus habitantes llaman el paraíso del Nuevo-Mundo.

Mas..... ¡todo en nuestro globo presenta sus dos facetas! y..... no hay luz sin sombra!

Un día caloroso y sofocante pesa sobre Caracas.

Ni una brisa, y el cielo nublado.

Es juéves santo, y una gran parte de la población se halla en las iglesias.

Entonces..... repentinamente, como un rayo que se desprende de un cielo sereno..... un formidable é inesperado golpe conmueve la tierra..... es tan fuerte, que los edificios mas sólidos vacilan, y las campanas de las iglesias se hacen resonar. Un terror pánico se apodera de toda la población; pero nadie tiene aún idea exacta de lo que realmente acontece..... inmediatamente al primer golpe, se sucede otro mas fuerte. Semejante á un líquido hirviente, se mueve el suelo en ondulaciones. Gritos de terror en el aire. Ruidos subterráneos, semejantes al del trueno, se perciben del interior de la tierra. ¡Otro golpe!..... y siguen otros en dirección opuesta, de Norte á Sur, de Oriente á Poniente.

¡Ay de tí, Caracas! ¡Ay de tí, paraíso de la tierra!

Nada puede resistir á estos movimientos de arriba á abajo; de estas oscilaciones encontradas, aunque de una duración solo de segundos.

Como una ciudad construida con cartas de naípe, fué derribado Caracas. ¡Horroroso destino!..... *Doce mil personas sepultadas bajo sus escombros.* Solo cuatro mil encontraron sus tumbas bajo las bóvedas de las iglesias.

Las torres de los templos de la Trinidad y Altagracia, que tenían una elevación de ciento cincuenta piés, y cuyas naves estaban sostenidas por columnas de diez á doce piés de diámetro, se convierten en escombros de cinco ó seis piés de altura. Como casi todos los edificios, habia desaparecido el cuartel de S. Carlos, en donde habia un regimiento de tropa de línea, listo para el acompañamiento de la procesion, que iba á tener lugar, cuyo regimiento quedó sepultado en su totalidad, bajo los escombros de este gran edificio.

¡Y todo esto habia sucedido en ménos de cincuenta segundos!

¡Qué cuadro de miseria y de lamentaciones indescripibles presenta la noche que sigue á esta terrible catástrofe: la gruesa nube de polvo que habia en los primeros momentos sobre los escombros, oscureciendo como una neblina el aire, ha descendido.

El terremoto concluye; ya no se siente movimiento alguno de la tierra: la noche mas bella y mas tranquila, tan espléndida como solo las hay en los trópicos, domina sobre la tierra. La luna llena, alumbrada con su luz de plata las cimas circulares del cerro de la Silla. En el firmamento anuncia la brillante cruz del Sur, la paz y el re-

poso..... pero..... el suelo está cubierto de muertos y moribundos.

Madres, teniendo en sus brazos los cadáveres de sus hijos, se esfuerzan en vano para volverles la vida; niños gritan á sus padres; millares de personas, con la desesperacion en sus semblantes, recorren las calles, buscando á sus padres, hermanos, esposos ó amigos.

A cada paso un escombros, y cada escombros cubre una tumba.

Y..... ¡dichosos los que han muerto!
¡Oid, oid, por todos lados los quejidos desgarradores de los moribundos que se retuercen de dolor, bajo los escombros que los cubren!

Mas de dos mil desgraciados gritan allí con desesperacion. Pero falta herramienta para quitar los escombros. Es necesario sacar con las manos á los que viven.

No hay mas asilo que el que ofrecen las hojas secas de los árboles. Ningun socorro, de pronto, por donde se extiende la vista: camas, vendajes, instrumentos quirúrgicos, todo lo indispensable, se hallaba sepultado bajo las ruinas. Falta todo absolutamente, aun los alimentos y el agua, porque el temblor ha destruido los tubos de conduccion, y derrumbes de tierra han secado las fuentes.

Y todo esto..... ¡en ménos de cincuenta segundos!

Sobre las alas de los calientes aires tropicales, se mece un nuevo espíritu maligno.

La multitud de muertos, que entraron luego en putrefaccion, amenaza la existencia de los que sobreviven,

por la peste que se anuncia; y haciéndose imposible enterrar con prontitud tantos miles de cadáveres, se resuelve quemarlos.

Con este fin, se levantan hogueras y los funerales duran dia y noche, por largo tiempo.

La miseria y el dolor se pintan en todos los semblantes.

El pueblo, en medio de su desesperacion, recurre á las ceremonias religiosas, para aplacar la ira del cielo... pero..... entre tales actos, progresa mas la demencia.

Unos organizan procesiones, llenando los aires con sus plegarias, en forma de cánticos. Otros, medio dementes, se confiesan en alta voz en la calle. Muchos, que hacia bastantes años vivian en concubinato, piden á la Iglesia su bendicion nupcial; hijos encuentran á sus padres, que ántes se habian negado á reconocerlos; hombres, á quienes nadie les habria hecho cargo de algun fraude, prometian la restitucion; familias que habian vivido mucho tiempo enemistadas, se reconciliaban, en vista de la desgracia. Pero tambien se hacian valer el odio, la venganza, la dureza de corazon y la inhumanidad, porque almas bajas pierden mas fácilmente en la desgracia, la generosidad que la energía, y el anatema aparente suele despertar en mayor grado las pasiones.

Y con Caracas, se destruyeron casi enteramente, las ciudades siguientes: Guayra, Mayqueta, Antimano, Baruta, La Vega, San Felipe y Mérida, porque un terre-

moto que habia sido capaz de convertir en un monton de escombros, y en ménos de cincuenta segundos, ciudades como Caracas, no podia estar limitado á un corto radio. Sus efectos destructores se extendieron, por consiguiente, sobre las provincias de Venezuela, Varinas y Maracaibo. Tambien se sintió en el reino de la Nueva-Granada, desde los promontorios de la Sierra Alta de Santa Marta, hasta Santa Fé de Bogotá, y la Honda del rio de la Magdalena, á una distancia de trescientas leguas de Caracas, así como en las cordilleras, en las sabanas, en Casanare, en los valles de Aragua, en Victoria, Maracaibo, Valencia y Porto-Cabello.

De este modo están colocadas juntas, en aquellas regiones del Eden, la luz mas espléndida con la sombra mas profunda..... junto á la magica flor..... la muerte y la destruccion.

¿Y Humboldt?..... Este gran naturalista, que ántes de su partida de Cumana, experimentó allí un temblor, habia previsto, mucho ántes, la suerte que tuvo despues la desgraciada ciudad de Caracas.

Muchos años ántes de esta catástrofe, dijo: que se debia recelar que con el tiempo sufriera la provincia de Venezuela grandes terremotos. (1)

Y lo pudo decir muy bien, porque su espíritu profundamente observador, habia llegado á la certidumbre de que en el interior de nuestro globo dominaban aque-

(1) Viaje á las regiones equinocciales etc., tomo 2º pág. 6 hasta la 15

llas grandes fuerzas misteriosas, que siempre están en agitacion, y las cuales, elevando cerros y formando valles, han dado su forma, desde el principio, á la superficie de nuestro planeta, y cuyos efectos aún se experimentan todavía por los terremotos y los volcanes, en forma de erupciones de vapores, de ardientes escorias de nuevos minerales volcánicos y manantiales de agua caliente, y al fin, de terribles terremotos que se propagan con la velocidad del golpe eléctrico.

¡Estas mismas fuerzas fueron las que te cavaron á tí tambien, Caracas, una ancha tumba..... en ménos de cincuenta segundos!

CAPITULO II.

Ascencion al Cerro“ de la Silla.”

Mas, Caracas existia aún, en la época que Humboldt la visitó en su viaje al Orinoco.

Tampoco la suerte le habia separado de su fiel amigo y compañero de viaje Bonpland, como pareció, á consecuencia del golpe que el vengativo zambo le infirió en la cabeza, de que resultaron algunas heridas graves, y de que sanó pronto, debido á su buena naturaleza. Sin embargo, padeció algunos meses de vértigos, que